

LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS.

Ginnevra D.



Image not found.

Capítulo 1

LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS.

¡Oh! ¡corazón de tigre, testarudo, salvaje! dije para mi caletre una tarde a mi tío Raimundo, amenazándole con el puño en mi imaginación. ¡Solo en mi imaginación!

Lo cierto es que existía una pequeña diferencia entre lo que decía y lo que no tenía valor de decir; entre lo que hacía y lo que tenía bastante tentación de hacer.

Mi tío, al abrir yo la puerta del comedor, se hallaba sentado junto a la chimenea y con un vaso de vino de Oporto en la mano, haciendo valerosos esfuerzos para obedecer el precepto de la canción que dice:

*Llena tu vaso vacío
Vacía tu vaso lleno.*

—Querido tío, le dije cerrando la puerta con suavidad y acercándome a él con la más cariñosa sonrisa, es Ud. siempre tan amable, me ha dado pruebas de su bondad, de tantos, de tantos modos que... que estoy persuadido que bastará someterle está pequeña petición, para obtener su completo consentimiento.

—¡Hum! —dijo—, continúa muchacho.

—Estoy seguro, mi querido tío (maldito vejestorio), que en realidad, no tiene Ud. designio de oponerse a mi enlace con Catalina. Es solo una broma de Ud., lo sé; ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Qué alegre está Ud. algunos ratos!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! —dijo—, sí. ¡Dios te maldiga!

—¡Oh! ya tenía yo seguridad. Sabía que era una broma. Pues, querido tío, cuanto Catalina y yo deseamos en este momento, es que nos dé Ud. sus órdenes... sobre la época. ¿está Ud. querido tío...? sobre la época en que le convenga que la boda... que la boda se concluya.

—¿Concluya, pillastre? ¿qué quieres decir con eso? Espera que se empiece.

—¡Ha, ha, ha! ¡He, he, he! ¡hi, hi, hi! ¡ho! ¡ho! ¡ho!-ihu! ¡hu! ¡hu!-iho! ¡excelente! ¡admirable! ¡qué talento! Pero lo que ahora necesitamos, querido tío, es que Ud. nos señale la época precisa.

—¡Ah!... fija.

—Si, tío mío, esto es, en caso que a Ud. le convenga.

—¿No sería lo mismo dejarla indeterminada, como quien dice, de aquí a un año poco más ó menos? ¿Que necesidad hay de fijar la fecha?

—Si, querido tío, si gusta Ud. fijarla.

—Pues bien Roberto, ya que quieres una fecha exacta... te voy a dar gusto.

—¡Querido tío!

—¡Silencio caballero! dijo ahogando mi voz con la suya. Tendrá Ud. mi consentimiento y el gato (es necesario no olvidar el gato); ¿a ver? ¿cuando será? ¿Hoy es domingo? Pues bien, se casará Ud. precisamente, cuidado, precisamente, la semana que tenga tres domingos. ¿Ha oído Ud. caballero? ¿Qué es lo que hace Ud. ahí con la boca abierta? Le repito que se casará con Catalina y tendrá su dote, la semana de tres domingos; pero antes no, tunantuelo, antes no, aunque me costase la vida. Ya me conoces, soy hombre de palabra; ahora sal de aquí. Dicho esto, se bebió el vaso de vino de Oporto, mientras yo salía de allí desesperado.

Mi tío Raimundo era un digno caballero, pero tenía sus rarezas. Era un hombre bajo, rechoncho, soberbio, semi-circular, de nariz roja, muy testarudo, de gran bolsillo y una idea muy elevada de su importancia. Con el mejor corazón del mundo, había conseguido, a causa de su genio, pasar para los que le trataban superficialmente, por un mezquino. Como muchas personas muy honradas, parecía hallarse dominado por un espíritu de contradicción que era fácil a primera vista confundir con la malevolencia. A toda petición su respuesta inmediata era un no positivo, pero al fin después de una larga, muy larga espera, se le hacían muy pocas peticiones a que no accediese. Todo ataque a la bolsa hallaba la más tenaz resistencia, pero la cantidad que se le sacaba se hallaba siempre en razón directa de la duración del sitio, y de la obstinación de la defensa. Nadie hacía limosnas con más generosidad y con peor gracia.

Despreciaba profundamente las bellas artes y particularmente a las bellas letras; y habiendo sabido que Casimiro Perier era de su misma opinión, citaba siempre su autoridad para preguntar: «¿de qué sirve un poeta?» con una pronunciación muy cómica como el *non plus ultra* del espíritu lógico. Así es que mi afición a las musas, me había valido todo su desagrado.

Había pasado con él toda mi vida. Mis padres a su muerte me habían legado a él, como una herencia preciosa. Creo que el viejo gruñón me quería como a un hijo, casi tanto como a Catalina, pero me hacía arrastrar

una existencia de perro. Desde el primer año al quinto, me azotaba todos los días con mucha regularidad. De cinco a quince años, me amenazaba a todas las horas del día con la casa de corrección. De quince a veinte no se pasó día en que no me prometiese el no dejarme un real en su testamento. Yo era revoltoso, es verdad, pero eso era natural, era un artículo de mi fe. Sin embargo, tenía en Catalina una amiga segura y lo sabía. Era una buena muchacha, y me dijo, con unos modales muy dulces, que podría poseerla (con gato y todo) en el momento que mi tío Raimundo diera el consentimiento necesario. ¡Pobre muchacha! solo tenía quince años y sin este consentimiento no podía disponer en diez años de la pequeña suma que tenía en el banco. ¿Que nos quedaba que hacer? A los quince años y aun a los veinte y uno (porque acababa yo de pasar mi quinta olimpiada) diez años de perspectiva son una eternidad. En vano acudíamos al viejo con nuestras importunidades. Era una ocasión de resistencia que aprovechaba siempre con un humor perverso. Ni aun el mismo Job hubiese sufrido con paciencia, el ver el modo con que este viejo gatazo, se portaba con nosotros, pobres ratoncillos. En el fondo de su corazón lo que más deseaba era nuestra unión; hubiera dado cuanto poseía por hallar una excusa que le permitiese acceder a nuestros deseos; pero habíamos cometido la imprudencia de iniciar este asunto nosotros mismos: y no hacer oposición en este caso, no estaba, lo creo sinceramente, en su poder.

Ya he dicho que tenía sus debilidades, pero entre ellas no incluyo su obstinación que era su fuerte, lejos de ser su flaco. Cuando he hablado de sus debilidades, aludía a una chocante superstición de vieja que le dominaba. Era muy aficionado a los ensueños y pronósticos et id genus omne; extraordinariamente quisquilloso sobre el menor punto de honra, y hombre de palabra a su modo, pues al paso que no tenía escrúpulo en faltar al espíritu de sus juramentos, respetaba estrictamente la letra como sagrada e inviolable. De esta última particularidad de su carácter tratamos de valernos por inspiración de Catalina; y ahora que como los poetas y autores modernos he agotado en prolegómenos todo el tiempo y casi todo el espacio de que puedo disponer, voy a explicar en pocas palabras lo que constituye el fondo de mi historia.

La Providencia había querido que entre los conocidos de mi novia hubiese dos viejos marinos que acababan de desembarcar en las costas de España, después de haber dado la vuelta al mundo. En compañía de estos caballeros, mi prima y yo convinimos en hacer una visita a nuestro tío Raimundo en la tarde del domingo 10 de octubre, tres semanas justas después de la cruel decisión que había dado al traste con nuestras esperanzas. Durante la primera media hora la conversación giró sobre cosas indiferentes, pero al fin hallamos medio de que naturalmente siguiera el siguiente curso.

EL CAPITÁN MARTÍNEZ. Pues, he estado ausente un año justo, Justo hoy un año, por mi fe, ni más ni menos. ¡A ver! Si, estamos a 10 de octubre.

¿Se acuerda Ud. don Raimundo? Vine hace un año tal día como hoy a despedirme de Ud. Y sea dicho de paso, ¿no es una rara coincidencia que nuestro amigo el capitán Carvajal, que se halla presente, haya estado también un año justo fuera de España? ¿No es verdad?

CARVAJAL. Sí, un año día por día. Ya recordará Ud. que vine con el capitán Martínez á ofrecerle mis respetos antes de marchar.

Mi tío. Sí, sí, sí, me acuerdo muy bien, ¡es raro en verdad! ¡Los dos salir hace hoy justo el año qué rara coincidencia!

CATALINA. Sin duda, papá, es una coincidencia extraordinaria; pero el capitán Martínez y el capitán Carvajal no han seguido el mismo derrotero, y esto envuelve una diferencia como Ud. sabe.

Mi tío. Yo no sé nada de eso pichoncita. Hallo al contrario, que la cosa es más sorprendente.

CATALINA. Pero papá, el capitán Martínez ha ido por el cabo de Hornos, y el capitán Carvajal ha doblado el cabo de Buena-Esperanza.

Mi tío. Precisamente, uno ha ido al Este y el otro al Oeste, tunantuela, y los dos han dado la vuelta al mundo.

Yo-. Capitán Martínez es preciso que venga Ud. con Carvajal a comer mañana con nosotros; nos contarán Uds. sus viajes, jugaremos y...

MARTÍNEZ. Mañana no puede ser, querido; es domingo, y....

CATALINA. Hoy es el domingo.

Mi tío. ¡Cierto, cierto!

MARTÍNEZ. Perdone Ud., sé positivamente que mañana es domingo porque...

CARVAJAL (*sorprendido.*) ¿En qué piensan Uds.? ¡Si domingo fue ayer!

Todos. ¡Ayer! ¡Bah!

Mi tío. Hoy es el domingo, señores. ¡Si lo sabré yo!

MARTÍNEZ. Don Raimundo, está Ud. trascordado: es mañana.

CARVAJAL. Están Uds. locos unos y otros. Tan seguro estoy de que fue ayer domingo, como de estar sentado en esta silla.

CATALINA (*con alegría*). Ya veo lo que es, lo veo todo. papá, este es un pleito fallado contra Ud. tocante... tocante a lo que Ud. sabe. Me explicaré: la cosa es muy sencilla. El capitán Carvajal dice que ayer era domingo: tiene razón. Mi primo Roberto, papá y yo, decimos que lo es hoy, y tenemos razón. El capitán Martínez se obstina en que es mañana, y en efecto también tiene razón. El hecho es que todos tenemos razón, y que así estamos en la semana de tres domingos.

CARVAJAL (*después de una pausa.*) En verdad, Martínez, Catalina nos ha derrotado completamente. ¡Qué imbéciles somos los dos! Señor don Raimundo este es el hecho: la tierra, como Ud. sabe, tiene 24,000 millas de circunferencia. El globo gira sobre su eje, hace su revolución, recorre estas 24,000 millas de Oeste a Este, precisamente en veinticuatro horas. ¿Comprende Ud.?

Mi tío. Ciertamente, ciertamente.

CARVAJAL. Pues bien, es a razón de 1,000 millas por hora. Ahora suponga Ud. que desde aquí hago 1,000 millas al Este. Es evidente que me adelanto una hora a la salida del sol en este sitio, y veo salir el sol una hora antes que V. Si en la misma dirección hago otras 1,000 millas me adelanto dos horas, con otras 1,000 me adelanto tres y así sucesivamente hasta que haya dado la vuelta al globo, y vuelva a este punto. Así, habiendo andado 24,000 millas al Este, me he adelantado a la salida del sol en veinticuatro horas, y ganado un día sobre la cuenta de Ud.

Mi Tío. Pero me parece...

CARVAJAL (*en alta voz.*) El capitán Martínez por el contrario, cuando ha caminado 1,000 millas al Oeste ha atrasado una hora, y cuando ha hecho 2,000 millas su retraso es de 24 horas ó un día respecto de este sitio. Así es, que para mí ayer era domingo, para Uds. lo es hoy y para Martínez lo será mañana. Y aun hay más señor don Raimundo; es claro que todos tenemos razón, porque no se hallaría razón filosófica que determinase que el modo de ver de uno tenga la preferencia sobre el de los otros.

Mi Tío. ¡Qué demonio! Y bien Catalina, y bien Roberto, este es un pleito fallado contra mí como decís, pero soy hombre de palabra; ¡observad esto! La tendrás (con gato y todo) cuando quieras. ¡Me convenzo por Júpiter!! ¡Tres domingos en hilera! No hay que titubear, me cogieron.

Cuento de Poe traducido y publicado por *El Museo Universal*, Madrid 1857.
Nota: La ortografía ha sido modernizada.

Edgar Allan Poe. (Boston, Estados Unidos, 19 de enero de 1809 –
Baltimore, Estados Unidos, 7 de octubre de 1849)